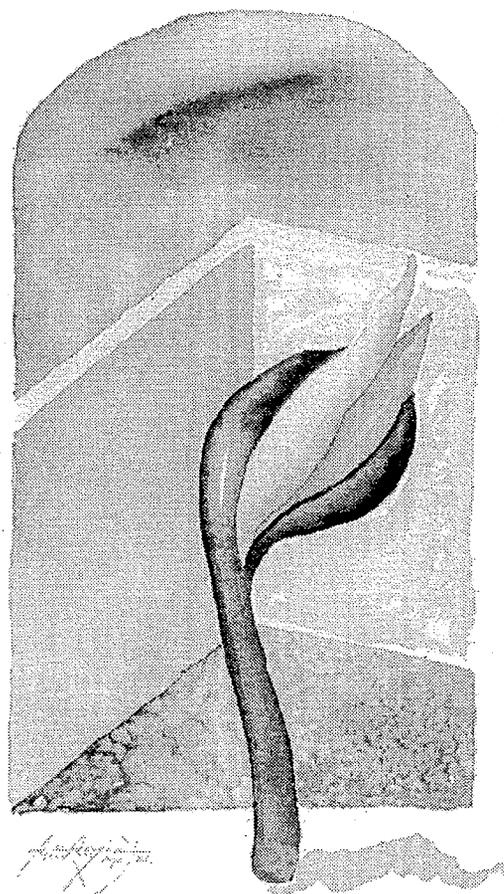


LA MAYORÍA SON FEAS

Santiago Polo



Mariano se enamoró de Ana: fue un amor a primera vista. Lo que ocurre es que tardó en encontrarla; por eso no hay lugar para pensar que se tratara de una decisión precipitada, de esas que se toman a tontas y a locas sin prever las consecuencias, sino más bien el resultado de un proceso largamente meditado y de un también largo período de observación y de selección, que culminó el día en que por fin pudo comprobar -con estremecimiento y sorpresa- que lo que tenía ante sus ojos era la imagen tanto tiempo en sueños acariciada.

Desde que llegó a la capital, Mariano no hacía más que mirar a las mujeres. Cientos, miles de mujeres. Aquí sí que hay mujeres, se decía, mujeres por todas partes. Salía a la calle sólo para poder verlas, en las plazas, en los parques; las veía hablando y riendo, en el metro, al subir o bajar de los taxis, paseando; entraban en los restaurantes, llenaban los comercios, ocupaban las mesas en las oficinas que se atisbaban a través de las cristalerías; caminando solas, en parejas o por grupos, parecían estar siempre yendo a algún sitio o viniendo de él. Por cualquier parte había mujeres, y estaban ahí, al alcance de la mano.

Había mujeres de todas clases: estaban las jóvenes y las más jóvenes, las maduras y las viejas. Mariano ocupaba buena parte de su tiempo libre, que era mucho, en la contemplación preferente de miembros pertenecientes a los dos primeros grupos, sin llegar a decantarse por uno de ellos.

Con el paso del tiempo, sin darse cuenta, aquello pasó de ser una costumbre a convertirse en una obsesión. Mariano cubicaba, tallaba, pesaba y medía todo cuerpo femenino que se encontrara

dentro de su campo visual, y, si al principio, en todos ellos -es decir, en casi todos- apreciaba su aspecto agradable y encontraba atractivos diversos, en la opinión de que cada género tiene su público y de que él era público para todos los géneros, pronto la contemplación detallada le llevó a considerar defectos que hubieran pasado desapercibidos si se hubiera conformado con echar un simple vistazo. Mariano se transformó así en un infatigable buscador de la belleza, como quien rastrea tesoros o quien va tras la verdad con una lámpara.

Orientó su pesquisa a escrutar talles, piernas y caderas, ojos y labios, y a comparar con los que acababa de registrar una calle más abajo o a la entrada de un portal. De esa manera, al cabo del día le quedaba un conjunto de imágenes abigarradas que había grabado en la retina, como un botón capturado de figuras recortables, entre las que estaban aquellas piernas que surgieron junto al kiosco de prensa, los pómulos de la joven de la bolsa de deportes o aquel par de ojos garzos que conducían el coche negro.

No era por cierto una situación que le satisficiera. Ni por asomo se parecía a la mujer de sus sueños ese rompecabezas de rasgos y figuras que iba atesorando día a día. En todas las mujeres miradas encontraba algún defecto, algún exceso, alguna carencia. No encajaban en el modelo: a unas les sobraba una porción de kilos, otras habían dejado de crecer demasiado pronto o no lo habían hecho en la dirección correcta, y otras más se hallaban desprovistas de las turgencias esperables en los lugares adecuados (nadadoras, recordaba Mariano de los juegos infantiles: «nada por delante, nada por detrás»); aquellos ojos no casaban con la nariz que los acompañaba, las comisuras de los labios de esa chica de bonitas caderas, es seguro que anunciaban un carácter algo desabrido, y el hermoso culo tras el que desfiló con reverencia a lo largo de tres calles dio paso, al cantearse su propietaria, a un rostro en verdad disuasorio. Eso sí, un poco más abajo, la citada poseedora lucía un busto cuya curva se alzaba rozando la perfección que alcanzan ciertas obras de arte que sólo admiten el roce de la seda o la caricia de una mano experta; pero la espléndida cabellera de la que acababa de pasar estaba por completo fuera de lugar, porque a quien hubiera debido estar destinada era a la rubia solitaria del bar de la otra tarde.

Con todo esto, a Mariano le iba cada vez peor en sus incursiones callejeras. No hacía más que tropezarse con ojos saltones o demasiado hundidos, con esa verruga que daba al traste con todo el conjunto, con cúmulos de grasa en plena línea de flotación, con pechos caídos y piernas, ¡santa madonna!, piernas en absoluto torneadas como se supone que deben ser unas piernas. ¡Qué estafa!

Llegó a la conclusión de que las mujeres que observaba por la calle, incluso las que podría considerar hermosas, las pocas -muy pocas- que lo eran de veras, carecían del brillo de la mujer de sus sueños.

En casa tampoco cesaba su empeño. Se instalaba frente al aparato de televisión y saltaba de una emisora a otra en busca de su bella ideal. Casi todas las mujeres que aparecían en la pantalla pertenecían al grupo de las jóvenes y algunas, al de las muy jóvenes. En general, no estaban mal. Estaban dotadas de cuerpos esbeltos y solían lucir las piernas adecuadas, pero a Mariano todas ellas le parecían desangeladas, para nada tocadas por el halo radiante de quien él sabía. Una nueva

inquietud vino a turbarle: no estaba seguro de si se mostraba objetivo en sus apreciaciones o, por el contrario, había acabado por obcecarse -esto último le hubiera molestado sobremanera, porque Mariano tenía muy a gala ser una persona objetiva y ecuánime en la manera de llevar sus cosas- pero fuera por lo que hacían y decían en la pantalla, fuera por lo envarado, a veces, por lo vulgar, otras, a Mariano no le inspiraban el arrobamiento que él esperaba sentir en presencia de la belleza. No el que él, a veces, tenía el privilegio de gozar en la intimidad de su cuarto. Desde luego, encontraba que existía una mayor concentración de curvas y de turgencias en la disposición conveniente en la pantalla que en la calle, pero no por ello dejaba de estar insatisfecho con una búsqueda que empezaba a demostrarse inútil.

Insatisfecho y solo. Su vida era solitaria y, así, mirada en su conjunto, la verdad es que a él le estaba empezando a parecer bastante deprimente. Le gustaba vivir en la capital, decía, para llevar una vida anónima, pero a veces se instalaba un inmenso vacío a su alrededor, que no conseguía llenar ni en las horas que pasaba en la oficina -las compañeras fueron calificadas bajo mínimos desde el primer día-, ni en sus correrías callejeras y tampoco en su solitario apartamento. Sólo algunas noches, muy pocas para su mal, conseguía llenarlo cuando dormido, aparecía en el sueño el objeto de sus sueños.

Era ella de una belleza extremada, y se le acercaba, brillante y etérea, con suavidad, iluminada, sonriendo. Después, no conseguía recordar si habían hablado y de qué, pero estaba seguro de que la había besado y de que habían estado fundidos en prolongado y apasionado abrazo, ahí descartaba cualquier posible duda. Pero tampoco estaba seguro de si aparecía vestida. Al principio, creía que sí, porque ella se le representaba elegante y perfecta, nimbada bajo una luz intensa, como dispuesta para una sesión fotográfica. Pero después, no sabía; no conseguía recordar y escarbaba en su mente tratando de revivir la escena para saber si el ondulado de sus cabellos se había visto alterado por la efusividad de la pasión, si el carmín que delineaba sus labios denotaba alguna imperfección.

Eran reflexiones que se hacía más tarde, mientras se cambiaba de pijama, en el cuarto de baño adonde había ido después de despertarse, sobresaltado. Mariano trataba de dormir de nuevo, aunque ya sabía que no podría conciliar el sueño el resto de la noche. En realidad, no le importaba no dormir, ni ninguna otra cosa en el mundo. En esos momentos creía que si vivía cien años y no volvía a contemplar nada hermoso en toda su vida, no le deberían nada.

Pero al día siguiente las cosas eran distintas. Continuaba la búsqueda, cada vez de forma más insatisfactoria. Las mujeres que atisbaba estaban muy lejos de ser de la misma especie de la que aparecía en su sueño.

Creó encontrar alguna cercanía en las que se exhibían en las portadas de las revistas ilustradas. Compró, inspeccionó y coleccionó montones de revistas, que se iban acumulando por los rincones del pequeño apartamento. Por natural instinto y en función de la cantidad de ejemplares femeninos que contenían por ejemplar, desechó rápidamente las de corte político, las de información deportiva y las que se dedican a explicar cómo organizar el parterre del jardín sin llenar toda la

casa de barro, Mariano se inclinó más bien por las de género erótico, las de pornografía, blanda y dura. Pero no tardó en desistir de ellas en cuanto se convenció de que no eran ésas las que él buscaba. Las mujeres que se lucían en sus páginas le parecieron demasiado rotundas, le llegó incluso a molestar su excesiva carnalidad. Se sentía cohibido ante tanta impudicia. Encontró aquellas poses y actitudes demasiado explícitas, incluso repugnantes en ocasiones. Hasta las que presentaban un diseño lujoso le resultaron vulgares.

Sin embargo, en las revistas de modas empezó a percibir ese brillo en los rostros radiantes e inmaculados que él perseguía, esas figuras gráciles como gacelas que apenas si pisaran el suelo. Advirtió la felicidad en los semblantes risueños y la perfecta línea de sus rasgos. Su modelo eran las modelos.

Y siguió buscando ahora que la sentía más cerca. Mariano presumía que su tenacidad estaba a punto de ser recompensada. Cotejaba los bellos rostros estampados de las que salían en las revistas con el de la que aparecía en su sueño y llegó a ser un experimentado conocedor de las novedades del diseño textil y un apreciador de las sutilezas de la cosmética. Distinguía entre sombras de ojos y gamas de rojo de labios y, mirando aquellas fotos, hasta creía percibir la fragancia de los perfumes. Aprendió, por supuesto, el nombre de un buen manojito de modelos y de modistos que cotizaban en bolsa, pero ella seguía sin dar señales de existencia. Mariano, mientras tanto, desesperaba, y su único consuelo eran las ocasionales apariciones nocturnas. Empezó a irse pronto a la cama para estar antes con ella, pero la inquietud hacía que tardara en dormirse y entonces era peor, no dormía esperándola, y si no dormía no podría venir. Si ella no se presentaba en toda la noche, a la mañana siguiente entraba en desesperación y consideraba que la vida no merecía vivirse.

Estaba a punto de renunciar, convencido de que quizás realmente ella no existiera más que en su fantasía. Las mujeres eran como eran, y la que él creía ver no era de este mundo, sino creación celeste: una criatura angelical.

Y fue entonces cuando la vio. Estaba en la acera, frente a su casa y la reconoció de inmediato desde la ventana del dormitorio. Vestía de forma impecable, con bolso y guantes -ahora estaba seguro de que así era como se le mostraba a él en la penumbra de la noche oscura de su cuarto, antes de que se acercara y lo tocara, cada vez más cerca, más cerca- y tenía una mirada ensoñadora y levemente lejana, ajena a lo que sucedía a su alrededor, a la vez que presentaba el gesto reposado y sereno, lleno de despreocupación. Mariano sabía que eso era sólo apariencia, porque tras él de inmediato adivinó un volcán dispuesto a entrar en erupción, un volcán cuajado de tentaciones y arrebatos sin término, volcada hacia él, que la contemplaba, la acariciaba desde lejos y la sentía sensual y codiciable; pero también era distinguida, creyó ver ahora, con una belleza un punto distante y fría en el filo de la mirada, decidida a calmar la tempestad con su clara luz. ¿O era arrogancia? Mariano, tímido ante la bella, temeroso, temió zozobrar, y a punto estaba de ahogarse en un mar de dudas. Pero no, lo más probable es que únicamente fuera la fatiga del viaje. Le flaqueaba el ánimo ahora que su búsqueda le había llevado a buen puerto.

Seguramente habían cambiado la valla publicitaria esa misma madrugada, ésa precisamente en la que no había recibido su visita. No era posible que hubiera estado allí desde antes, delante de sus narices, sin que él la hubiera reconocido. Lo que le preocupaba era esa nueva actitud que había creído reconocer en ella, de frialdad y hastío, bajo su apariencia insinuante, al acercarse al rostro el tarro de perfume marca *Paradiso*, tan distinta de cuando lo visitaba por las noches y se le entregaba dulcemente.

Eso le mantuvo ocupado durante toda la mañana en la ventana. No fue a trabajar.

A media mañana bajó a la calle y tomó nota del nombre de la empresa responsable de la colocación de las vallas. Contactó con ellos y le informaron del almacén donde les suministraban los carteles, y allí, del estudio publicitario que contrataba los anuncios. Mariano pasó el resto del día entre el teléfono y el taxi, y cuando por fin consiguió el número de *Creativos Arco Iris*, ya se habían marchado todos a casa.

A la mañana siguiente, llamó.

Neli era una chica eficiente pero poco emprendedora. Siempre consultaba antes de tomar una decisión con Gerardo, que, además de ser su jefe inmediato y de invitarla ocasionalmente a cenar, era quien le había conseguido el empleo. Neli mascaba chicle, sentada a una mesa frente a la que ocupaba Gerardo y estaba dedicada por entero a su lima de uñas. Hasta que sonó el teléfono

-Un señor, que pregunta si le podemos decir el nombre de la modelo de la valla que hemos puesto en su calle. Ya sabes, la chica *Paradiso*. Es raro, ¿no?

Pero Gerardo nunca dejaba a un lado las reglas de la ética profesional y tampoco, las de la simple cortesía.

-Dile que eso es información reservada, monina. Será algún colgado, ¡no te digo!

Neli volvió a sus ocupaciones, pasó un rato y sonó otra vez el teléfono.

-No te lo vas a creer, pero alguien con un resfriado de mil demonios dice que la chica del anuncio del perfume es pariente suyo, que huyó de su casa, y que es urgente que la vea porque le trae noticias de su familia.

-Vamos; no jodas, nena.

Neli cogió de nuevo la lima, hasta que volvió a sonar.

-Debe ser una plaga. Por lo que he podido entender, es alguien de *Publicing Company*. ¿Tú los conoces? Habla con mucho acento. Dice que quieren a la chica *Paradiso* para su próxima campaña. Que si la tenemos en exclusiva, que nos harán una oferta y que si, mientras tanto, tenemos algún inconveniente en proporcionarles su número de teléfono.

Gerardo se lo pensó un momento. Recordó los sabios consejos de su profesor de Empresariales, y entonces lo tuvo claro.

-A la competencia ni agua, cariño.

Mariano no tuvo más remedio que dedicarse a buscar en los lugares donde se ambienta la profesión. Recorrió los sitios más *chic* de la capital, en los que, en principio, todo lo que consiguió fue que se le acercara más de un relamido con sugerencias ambiguas, y en los que dejó más dinero del que hubiera querido en propinas a los camareros. Tenía la sensación de que éstos le tomaban el pelo, como parte de una rutina que siempre acababa con la mano discretamente extendida. Por un lado, recibía evasivas esperanzas, frases que empezaban con un «quizás», o un «a veces», o «tal vez», que se transformaban, con el color de los billetes, en la rotunda afirmación de que ese local -cualquiera en el que estuviera haciendo preguntas- era al que Ana solía acudir casi cada noche. Las únicas variaciones consistían en que estaba por llegar o acababa de marcharse. Porque, al menos, ya había conseguido conocer el nombre, de algo habían servido los sobornos: Ana Ordiales modelo recién llegada al estrellato, todo seguido, así se llamaba.

Y, finalmente, apareció ella. Estaba Mariano huroneando en uno de esos locales de moda entre los exquisitos, cuando Ana apareció, hizo su presentación, se personificó. Llegó acompañada de una corte, gente guapa, ellos y ellas bronceados y vestidos de forma rutilante, y se mostraban eufóricos por algún motivo cuya causa seguía siendo arcana para Mariano antes y después de darle un vuelco el corazón, porque sabía, ahora sí, que la hora de la verdad había llegado.

Más que observarla, su vista se permeaba de ella, le esponjaba los contornos. Delgada y elástica, con la altura ideal, la cabeza le llegaría justo a la altura de sus ojos, calculaba él. Y, aunque, según podía apreciar, ahora no mostraba la encantadora suavidad de movimientos de cuando estaban los dos solos en la intimidad, sus maneras resueltas e impulsivas, al quitarse el pelo de la cara y al arrojar el bolso sobre una de las butacas como si acabara de dejar el caballo en la puerta, encontró que podían constituir otra forma de encanto, un atractivo de mujer moderna y decidida.

Pudo ver, para su alivio, que, aparentemente, no estaba emparejada a ninguno de los varones que habían entrado con ella, que se apostaron en la barra mientras Ana y sus amigas ocuparon una de las mesas. El local en esos momentos alcanzaba una concurrencia aceptable.

Mariano gozaba del privilegio de poder estar en el mismo sitio que ella y verla llevarse otra vez la mano al cabello o mover los labios de esa forma tan especial ¡sus labios! y a la vez sufría la angustia de no poder besarlos como los besaba en su sueño. Le extrañaba que su presencia no hubiera provocado un revuelo, que los demás hombres presentes no estuvieran alterados, conmovidos ante la presencia deslumbrante, que pudieran seguir indiferentes -salvo quizás por algunas rutinarias miradas de soslayo cuando ella entró- sin sentir la presencia extraordinaria.

Él sí estaba alterado, y tenía que decidirse y pronto. Sabía que sería ahora o nunca. Se acercó a la barra y pidió otra consumición; desde que comenzó la búsqueda, su tolerancia a la bebida había

alcanzado niveles para él desconocidos. Despachó la copa, cogió aire y se dispuso a afrontar el asunto directamente, sin rodeos, con la confianza que le permitía su frecuentación nocturna. Sería algo así como: «Ana, te quiero más que a nada en el mundo. Sé que mi amor permanecerá imbatible hasta el final de la existencia, y aún después. Te adoro. Estoy totalmente loco por ti.»

No, eso sería demasiado brusco. Lo tomaría por un patán. Seguramente, ella estaría acostumbrada a una retórica más delicada y debería decirle algo que, dejando sobreentendida la inmensidad de su amor, lo expusiera de forma indirecta. Incluso, algo que sirviera de excusa para propiciar un nuevo encuentro, en el que poder ahondar en esos tremendos sentimientos que se le desbocaban en el pecho, algo del tipo de: «Disculpe, señorita. Sé que es inexcusable, pero le ruego sepa perdonar mi loco atrevimiento...» Sí, eso no estaría mal como comienzo. Pero habría que saber darle una continuación adecuada. Mariano se había sentado en la mesa más próxima y la observaba disimuladamente con el rabillo del ojo. No quería mirarla directamente, a esa distancia podría deslumbrarse y perder los estribos, y desde el principio había decidido que guardar la compostura era primordial en tan delicada ocasión. También trató de seguir la conversación que mantenía el grupo de mujeres.

Hablaban de hombres, claro, y en ese momento intervenía ella. Mariano se estremeció al escucharla. Era la voz de Ana la que llegaba a sus oídos.

-Pues sí, chicas. Yo, la verdad, es que estoy hasta el moño de lo raritos que se nos han vuelto los hombres últimamente. Ahora lo que me vendría estupendamente es uno que los tenga bien plantados y que me diga: «¡Ábrete, nena, que voy!» ¡Como os lo cuento!

Pareció haber acuerdo unánime, y entre risas se levantaron. Algunas fueron en dirección a los servicios, mientras Ana rebuscaba algo en su bolso y parecía disponerse a abandonar también la mesa. Mariano se levantó impulsado por un resorte, se plantó delante de ella y le dijo con voz recia, la más profunda que encontró .

-¡Aquí estoy, yo soy ese hombre! ¡Te amo, Ana! ¡Yo te devoraré, te succionaré, te inundaré! ¡Al fin te he encontrado!

Lo dijo todo de corrido y después quedó parado, paralizado delante de ella, que lo miró apenas, como si fuera algo que había salido de un agujero después de la lluvia, y recogió su bolso, pasó a su lado y se fue hasta la barra, donde la esperaban. Mariano cerró y abrió con fuerza los ojos, aturdido. «Ábrete, nena, que voy», resonó en su interior, incrédulo. Y la vio junto a los tipos con los que había entrado, bella, elegante y altiva. Demasiado cara para resultar agradable.

Su desesperación entró en barrena. Llamó a la oficina, dijo que estaba enfermo y pasó los siguientes días mirando la valla. Ella no volvió ninguna noche más, y entonces decidió que para él las mujeres se habían acabado. Nunca más, jamás se volvería a enamorar. No lo engañarían otra vez. No quería saber nada más del asunto. Ni siquiera se enteró de cuándo cambiaron la valla. Simplemente, ella ya no estaba allí. Hacía unos días que había dejado de mirarla y, en su lugar,

había ahora unos enormes calzoncillos ajustados en su correspondiente fragmento de cuerpo masculino.

Más o menos un mes más tarde, Mariano conoció a Carmen y empezó a salir con ella, y se enamoró de Pepa, que era la mejor amiga de Carmen.

Y a los seis meses se casó con Bea.

